

perar la institucionalidad y la democracia perdidas, o tal vez, nunca suficientemente consolidadas.

SANDRA MORELLI RICO
Directora Departamento de Derecho Público
Universidad Externado de Colombia

1. Torino, Giulio Einaudi Editore, 1995.
2. *Ibid.*, p. 9.
3. GIUSEPPE DE VERGOHINI, *Diritto Costituzionale Comparato*, Padova, Cedam, 1993, p. 155.
4. *Ibid.*, p. 113. Quizás sea apropiado traducir este término por "sondeo-democracia".
5. *Ibid.*, pp. 113-114.
6. *Ibid.*, p. 6.
7. GIUSEPPE DE VERGOHINI, *Op. Cit.*, p. 118.
8. Pero a pesar de su carácter primitivo, donde está ausente el concepto de juez imparcial, nótese que en todo caso se trata de una manera de restablecer, mantener y fortalecer el tejido social. Es en parte el objetivo último de la conciliación.

Alemania: 50 años de paz. De la capitulación incondicional a la unidad alemana

El título de este trabajo, y en general el de la conmemoración del Instituto Goethe, *50 años de paz*, podría resultar sospechoso y refutado a primera vista, si se piensa en el gran número de guerras regionales y conflictos locales que han azotado el mundo en este medio siglo, a partir de la finalización de la segunda Guerra Mundial. Corea, Argelia, Vietnam, serían algunos de los nombres para mencionar del inmediato pasado, entre los cientos de confrontaciones por motivos étnicos, religiosos, de poder colonialista, de nacionalismos extremos o delimitaciones de áreas de dominación, y bastaría mirar lo que ocurre ahora mismo con tragedias tan absurdas como la de Bosnia, Rwanda o las antiguas repúblicas soviéticas del Asia Central y los actos de terrorismo masificado. Los ejemplos podrían multiplicarse a fin de demostrar que el hombre sigue apelando a la fuerza para imponer sus creencias, sus intereses, sus fobias, sus mitos o simplemente para sobrevivir. Pero si se piensa con mayor detenimiento, hay suficientes motivos para el título de la conmemoración. En primer lugar, por la convicción generalizada de que ya no será posible una nueva guerra mundial, sea por la capacidad destructora de las armas nucleares que la convertirían en un suicidio colectivo, sea por la espantosa ex-

periencia dejada por la hecatombe de 1939-1945 o, también es preciso reconocer este factor, por el enorme progreso del derecho internacional y el fortalecimiento, que esperamos mucho mayor en el futuro, de la comunidad de naciones. Criticamos frecuentemente sus debilidades, pero ignoramos su contribución para que hoy podamos decir que es este el período más largo de la historia sin una guerra general. Entre la primera y la segunda conflagración mundial mediaron sólo 25 años y es evidente, y probablemente esta será la comprobación más importante, que ninguna de las naciones que iniciaron esas guerras muestran hoy el menor espíritu revanchista. Por el contrario, colaboraron como las que más a robustecer un orden internacional pacífico y a cooperar activamente en la solución de los grandes problemas que amenazan a la humanidad: el deterioro creciente del medio ambiente, la pobreza de la inmensa mayoría de la población del globo, la destrucción de recursos naturales, la enfermedad y el atraso. No en la medida en que la dimensión de esos problemas exige, pero sin duda en una toma de conciencia creciente, por lo menos en sus sectores más ilustrados y responsables.

¿No resultaría anacrónico y hasta ridículo considerar vigentes las pugnas milenarias

de esclavos y germanos o las luchas fratricidas de los herederos de Cario Magno, las guerras entre alemanes y franceses, franceses y españoles, españoles y holandeses, rusos y suecos, alemanes y polacos, ingleses y continentales? Sólo mencionarlo hace ya sonreír a las nuevas generaciones educadas en la paz y en el espíritu europeo. Hasta 1945 todos esos seguían siendo temas de la política europea, lo que a los jóvenes de hoy debe resultar inverosímil, tanto como si pretendiéramos revivir las guerras religiosas que por siglos asolaron el viejo continente. El tiempo histórico se ha acelerado vertiginosamente y no siempre para mal, como piensan erróneamente los escépticos impenitentes. El capítulo de las guerras mundiales está clausurado, hasta donde es posible prever, indefinidamente. Esto es ya un avance formidable en el desarrollo de la especie humana, pero todavía no es, como dolorosamente lo vivimos nosotros mismos en nuestra dura realidad, una paz completa, una paz con justicia para todos, que fue siempre el ideal de los espíritus más selectos, la paz perpetua de Immanuel Kant¹ que debe ser hoy aspiración de la mayoría de los seres humanos.

EL DIA DE LA DERROTA

Pero situémonos en 1945. El 8 de mayo de 1945. Es difícil imaginar una catástrofe mayor que la del pueblo alemán, en medio de las ruinas de la guerra, a la que lo había llevado la paranoia de un dictador megalómano, un demagogo que supo explotar con habilidad las heridas dejadas a su país por la primera Guerra, y los errores que la siguieron, la debilidad de la república de Weimar y los intereses de los mercaderes de armas. No toda la responsabilidad recae en Alemania, pues fueron muchos los errores de las otras potencias europeas, comenzando por

el Tratado de Versalles, que estimuló la agitación nacionalista, pero hoy no es el tema que nos va a ocupar, sino lo que ocurrió a partir del 45.

Valdría la pena sí una breve mención para decir cómo no era posible equivocarse una vez conocido el programa del nacional-socialismo, el *Mein Kampf* de Adolfo Hitler y más concretamente el famoso protocolo de Hossbach, suscrito el 5 de noviembre de 1937, y que salió a relucir en el proceso a los criminales de guerra de Nüremberg. Allí se decía: «La solución de la cuestión alemana sólo puede darse por el camino de la fuerza»². Junto con Hitler y Goering estuvieron en las conversaciones en la Cancillería del Reich el propio Hossbach y los jefes de todas las fuerzas armadas. Los planes de guerra se prefiguraron y todos los esfuerzos se dirigieron hacia allí. Este hecho y los horrores cometidos por el nazismo: campos de exterminio, cámaras de gas, destrucción de ciudades y pueblos y, lo que es peor, de etnias enteras, despertaron tal reacción en el mundo que cualquier cosa que se hiciese a la Alemania vencida aparecía justificada.

De allí también actos que evidentemente a los ojos de hoy aparecen venganzas inútiles, como el devastador bombardeo de Dresde, esa joya del barroco alemán, y la expulsión de millones de exiliados de los territorios ocupados en el Este y de Bohemia.

El peligro en que estuvo el mundo de ser dominado por la barbarie nazi explica, pues, las reacciones en vísperas de terminar la guerra, una guerra que dejó más de cincuenta y cinco millones de muertos, innumerables inválidos y heridos, naciones enteras arrasadas, ruinas por todas partes. De allí que en septiembre de 1944 el ministro de Finanzas de los Estados Unidos, por encargo del presidente Roosevelt, elaborara el plan de 14 puntos que lleva su nombre, el Plan

Morgenthau³, en el cual se propone la liquidación de Alemania como país industrial y su conversión en dos estados predominantemente agrarios, autónomos, una vez desmontada gran parte de la industria, entre otras, de manera completa la de la región del Ruhr, la destrucción de todo el potencial militar, la entrega de las plantas industriales como compensación a los países aliados, el cierre por un tiempo indeterminado de las universidades y escuelas superiores, la prohibición para los alemanes de estudiar en universidades extranjeras, hasta tanto se realizaran los proyectos de reconversión completa de la educación. Se estipulaba en 20 años el control de la economía por parte de las Naciones Unidas, para impedir cualquier tipo de producción con fines militares, y el control de las demás industrias clave. Este plan no fue prohijado finalmente por Roosevelt, pero sin duda influyó en las decisiones tomadas en la conferencia de Potsdam.

Producida la capitulación incondicional, suscrita el 7 de mayo en el cuartel general del comandante supremo de la expedición aliada, Dwight Eisenhower, en Reims, en documento firmado por el mayor general Alfred Jodl en nombre del gran almirante Karl Doenitz, jefe de Estado designado sucesor de Hitler desde el 1º de mayo —es decir, un día después del trágico final de éste en el bunker de la Cancillería en Berlín, pocas horas antes de caer en poder de soldados soviéticos—, el pueblo alemán quedó en manos de las potencias ocupantes. La obsecación criminal y demente del Führer y un sentido de la lealtad y la sumisión equivocado lo habían llevado a la más terrible y dramática encrucijada de su historia. ¿Lograría superarla y volver algún día a ocupar su puesto entre las naciones civilizadas?

En esos oscuros días se alzó una voz, una de las pocas que podían hacerse oír de un alemán en tales circunstancias, la voz del exiliado Thomas Mann, el más grande escritor de la Alemania moderna, para decir, luego de un estremecedor análisis del carácter, la cultura, la historia del pueblo alemán: «Pueda ser que la liquidación del nazismo haya dejado abierta la vía para una reforma social del mundo, que ofrezca precisamente a las necesidades y disposiciones más íntimas de Alemania las más grandes posibilidades de felicidad. Una economía mundial, una importante reducción de fronteras políticas, una cierta despolitización de la vida nacional, la conciencia que la humanidad comienza a tomar de su unidad práctica al prever por primera vez el Estado universal: ¿cómo todo ese humanismo social que sobrepasa la democracia burguesa, y a nombre del cual se libra este gran combate, puede ser extraño y contrario a la naturaleza alemana? En su temor del mundo entró siempre una gran parte de aspiración al mundo ... En el fondo del aislamiento que la hizo malvada estuvo —¿quién lo ignora?— el deseo de amar, el deseo de ser amada. Finalmente, la desgracia alemana no es sino el paradigma de lo trágico inherente a la condición humana. El perdón que Alemania necesita de manera tan apremiante, lo necesitamos nosotros todos»⁴. Eran palabras pronunciadas en Washington, el 29 de mayo, veintidós días apenas después de la capitulación, en el homenaje que se le hacía por sus setenta años. Veinticinco años después otro gran representante de la Alemania democrática, Willy Brandt, sellaría la amistad con la primera víctima de la agresión, Polonia, y rendiría homenaje a los millones de judíos sacrificados, al hincar la rodilla ante el Ghetto de Varsovia. «Bajo el peso de la historia reciente, hago lo que hacen los hombres cuan-

do las palabras faltan», dijo entonces el canciller, con la autoridad que le daba el haber sido opositor desde la primera hora de los doce años de dictadura del Tercer Reich".

¿QUE HACER CON ALEMANIA?

La conferencia de Potsdam, con asistencia de los jefes de Estado de los Estados Unidos, Harry S. Truman, Unión Soviética, José Stalin, y Gran Bretaña, Winston Churchill (inicialmente, luego Clement Attlee), estableció las condiciones y reglas de la ocupación de Alemania. En el castillo de Cecilienhof, construido por el último Kaiser, Guillermo II, para regalar a su hija y que no alcanzó a estrenar por el derrumbe de la monarquía, en la pequeña y hermosa ciudad veraniega de Federico II, el déspota ilustrado amigo de Voltaire, se fijó el destino de Alemania. A pesar del clima mundial adverso, del que apenas ligeramente hemos dado cuenta, privó la sensatez. Las condiciones podían ser muy duras, y en efecto lo fueron, pero pensar en desaparecer o atomizar una nación como la alemana, centro de gravedad de Europa, era sólo dejar los gérmenes de nuevos y si es posible más graves conflictos. El pueblo alemán pagaba su obediencia al régimen hitleriano y sus atrocidades; la preocupación central era desterrar para siempre el peligro de guerra para los vecinos de Alemania y para el mundo, pero en ningún caso «el deso de destruir o esclavizar al pueblo alemán», como textualmente se dice en el convenio. La acción de los resistentes, así hubiera sido tan tardía e ineficaz como el atentado a Hitler el 20 de julio de 1944, fue sin duda heroica y sobre todo mostraba la existencia de otra Alemania, largamente silenciada por la fuerza o el engaño.

En el acuerdo se especificaban las bases políticas, económicas y financieras del estatuto de ocupación por parte de las cuatro

potencias, incluida Francia, que no había concurrido a Potsdam pero logró ese privilegio gracias a la habilidad del general Charles de Gaulle. Roosevelt, el gran estadista americano, había muerto y otro de los grandes también había desaparecido de la escena por la derrota electoral, Winston Churchill. No podemos ocuparnos del extenso documento, sino solo señalar que se preveían los objetivos de desarmar a Alemania, liquidar el poderío militar que había sido el instrumento del nazismo, destruir al partido nacional socialista (nazismo) y a todas las agrupaciones dependientes de él, sobre todo el cambio definitivo de la vida política alemana «sobre fundamentos democráticos», así como preparar «una eventual cooperación pacífica de Alemania en la vida internacional». La mayor obsesión era acabar y cercenar a Prusia, el foco tradicional del militarismo germano. Con esto se diseñaba una esperanza en un futuro democrático y pacífico surgido de las ruinas.

Alemania, bajo el supremo control militar aliado, quedó dividida en cuatro zonas de ocupación: norteamericana, inglesa, soviética y francesa. Berlín fue sometida a un estatuto especial bajo el control de las cuatro potencias ocupantes.

La zona soviética se ubicaba en el oriente de Alemania, mientras que las otras tres zonas en el occidente. Así se prefiguraba ya lo que había de ser la posguerra. Estaba el germen de los dos estados alemanes en que se dividió el país por cerca de medio siglo.

REANIMACION DEMOCRATICA

La vida política fundada en los antiguos o recién creados partidos democráticos se animó mucho más rápido de lo previsto, lo mismo que la actividad de las universidades y la vida cultural. Lógicamente en medio de las estrecheces de los primeros días, meses y años

—que tan patéticamente expresaron los escritores y poetas de la generación de posguerra: el malogrado Wolfgang Borchert, Heinrich Böll, el futuro Premio Nobel de literatura, Günther Grass, y tantos otros—, lo esencial era sobrevivir. Así lo ha descrito Joseph Rovin en su *Historia de Alemania*: «Un país separado, roto, estropeado, reventado, de ciudades derrumbadas, fábricas devastadas. Decenas de millones de seres humanos errantes sobre las rutas llenas de escombros de vehículos de guerra: evacuados buscando recoger lo que puede subsistir de su domicilio o de su medio, soldados escapados de la captura, prisioneros evadidos liberados de las prisiones y campos de concentración. Extranjeros también, prisioneros de guerra que buscan regresar a sus países, masa innumerable de trabajadores deportados —entre diez y veinte millones y muchos de ellos desligados de todas sus raíces—, quieren ocupar la nueva categoría estadística definida por los americanos "personas desplazadas". Entre ellos, los judíos, que, escapados de la masacre, aspiran a reencontrar la tierra de Israel y quieren contrariar los intereses y falsos cálculos de una gran potencia británica en vía de decadencia».

Dos partidos sobre todo lograron en la parte occidental tomar fuerza desde un comienzo, la Democracia Cristiana (CDU) bajo la presidencia del futuro canciller Konrad Adenauer, antiguo alcalde de Bonn, presidente de la Unión, quien ya en marzo de 1946 se dirige en un manifiesto a sus correligionarios. El 10 de octubre del año anterior, esto es el 45, se había fundado el partido en Würzburg con un programa democrático y cristiano, en donde se propugna por una confederación europea. El partido social-demócrata, una de las víctimas preferidas de Hitler, se reorganiza también rápidamente bajo la dirección de Kurt Schumacher, de Ernst Reuter, de Willy Brandt y otros dirigentes apenas salidos de las cárceles y campos de concentración o de vuelta de la emigración.

LA GUERRA FRIA

Las previsiones comenzaron a debilitarse desde la propia víspera de la Conferencia de Potsdam. Los Estados Unidos habían hecho estallar, sin consulta previa con sus aliados soviéticos, la bomba de Hiroshima. Esto era señal de la desconfianza entre los amigos de la víspera y un comienzo de la guerra fría, que ya luego anuncia Churchill oficialmente en el discurso de Fulton". Los rusos tampoco obraban al margen de sus intereses, como lo demuestra la movilización del grupo Ulbricht, encargado de formar desde los primeros días una estructura administrativa bajo control comunista en la zona de ocupación soviética. En un reciente libro de Wolfgang Leonhardt, el primer disidente de la RDA, se han relatado de manera pormenorizada esos inicios que llevaban ya en su germen la futura formación de la República Democrática Alemana, así este no fuera propósito claro de Stalin, quien aspiraba a jugar la carta de una unidad alemana bajo su influencia. Es lo cierto que, como lo sintetiza Rovin, «El destino de Alemania pos-hitleriana se inscribe en efecto en la realidad superior del conflicto entre la Unión Soviética y el mundo occidental». Las zonas americana y británica prontamente se convirtieron en bizona y con la francesa posteriormente en trizona, facilitando la formación de un Estado futuro.

En 1947, sin embargo, Alemania no se recuperaba del desastre económico y Europa toda seguía pagando en pobreza y recesión los gastos y desgastes de la guerra. Fue entonces cuando el gran vencedor de la segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos, por la boca del general Marshall propuso el plan de recuperación que lleva su nombre. La Unión Soviética rechaza entrar en el Plan por las consecuencias políticas que piensa

tendría una intervención americana directa en la recuperación de Europa. Algunos de los países que quedaron bajo su órbita, como Checoslovaquia, vacilan, y esto, además del propósito de alinear por completo las direcciones comunistas de las llamadas democracias populares, esto es, la esfera de influencia centro y este-europea determinada por la guerra, conduce a los sangrientos procesos que ritual y macabramente se repiten en la mencionada Checoslovaquia, en Hungría, Bulgaria, Polonia, Rumania, etc. Los dirigentes comunistas de la primera hora, considerados no suficientemente estalinistas o propensos a asumir actitudes independientes, como las de Yugoslavia bajo el mando del mariscal Tito, son sacrificados y sustituidos por agentes directos de Moscú. Es una página negra que evoca paso a paso los procesos estalinistas contra los dirigentes de la vieja guardia bolchevique.

La actitud de Stalin recrudece a su vez el anticomunismo en Occidente y quita piso a los partidos de izquierda democrática, incluso a la colaboración inicial de los partidos comunistas occidentales en los gobiernos de Francia, Italia, Dinamarca, entre otros. Al *estalinismo* responde el *macartismo*: es la dialéctica de los extremos y de la irracionalidad.

El Plan Marshall contribuye poderosamente a la renovación económica de Europa, pero sobre todo a la de Alemania. Ahora son los americanos los más interesados en que no se produzca un vacío en el centro de Europa a beneficio de los intereses y aspiraciones soviéticos. Pero naturalmente también hace crecer el plan en forma desmesurada la influencia de los Estados Unidos en Europa.

NACEN DOS ESTADOS ALEMANES

La división de Alemania se hace irreversible, por los menos mientras exista la división del mundo en dos campos contrapues-

tos, el representado por las dos superpotencias, los Estados Unidos y la Unión Soviética. El tercer grupo, de países no alineados carece de fuerza suficiente para inclinar la balanza.

Las conferencias de Londres de 1947 y de Moscú de febrero de 1948 no hacen sino confirmar la separación completa de occidentales y soviéticos en el tema alemán. A finales de 1948, los comandantes militares occidentales autorizan la convocatoria de una Asamblea Constituyente, que habrá de expedir el 8 de mayo de 1949, cuatro años después de la capitulación, la Ley Fundamental de la Alemania Federal, que entra en vigor el 23 del mismo mes de mayo.

Anteriormente, el 18 de junio de 1948, se produce la reforma monetaria, que establece el *Deutsche Mark* en las zonas occidentales. ¡Todo alemán recibió una cuota por cabeza de 40 marcos! Los soviéticos reaccionaron con vehemencia a la reforma monetaria, decretando el bloqueo de Berlín Occidental. Los americanos responden con el puente aéreo: un avión cada dos minutos aterriza en Berlín transportando alimentos y mercancías de urgencia. Un año duró el bloqueo ante la resistencia de los berlineses, que terminó por quebrarlo. Pero la división quedaba consumada hasta que nuevos acontecimientos cambiaran el curso de la historia.

La década de los cincuenta marca el comienzo de la sorprendente recuperación alemana, lo que se ha llamado el "milagro alemán". La renovación de equipos obsoletos, el aprovechamiento de las técnicas más avanzadas, una buena política monetaria y fiscal, la poderosa ayuda americana y la inversión de capital extranjero, la estabilidad política, pero sobre todo la capacidad de trabajo y disciplina del pueblo alemán lograron el milagro. Pasadas cuatro décadas de la catástrofe, la nación alemana se reconstituía como la

mayor potencia económica de Europa y la segunda o tercera del mundo. Un gigante económico y pigmeo político, se dijo en alguna ocasión, refiriéndose a su poca influencia en los asuntos mundiales. Es una situación que cambia sin duda a partir de la reunificación, y el fin del estatuto de ocupación.

Pero nos hemos adelantado un poco. En 1952 las tres potencias occidentales conceden plena soberanía a la República Federal, con algunas limitaciones hasta la firma del tratado de paz. Este período está marcado por la fuerte personalidad del canciller Konrad Adenauer, un estadista católico y conservador, marcadamente autoritario, pero con el suficiente pragmatismo y habilidad política como para forjar la alianza con Francia, núcleo de la idea de Europa, y entenderse con la Unión Soviética para ampliar su campo de maniobra y lograr concesiones. Su ministro de Economía, y luego canciller Ludwig Erhardt será el ejecutor de la economía social de mercado. Contra una estructura política demasiado rígida y un cierto vacío ideológico surgieron movimientos como el estudiantil de 1967 y 1968, que marcó toda una generación.

La social-democracia con Willy Brandt llega al poder, primero como ministro de Relaciones de un gobierno de gran coalición y luego como canciller, en 1969. Su influencia habría de mantenerse perdurablemente como jefe de gobierno o jefe de partido hasta después de la reunificación. Su *Ostpolitik*, entonces muy discutida, se reconoce ahora como un factor importante para la unidad alemana: *cambio a través del acercamiento*, fue su lema.

Pero, ¿qué había ocurrido mientras tanto en la zona soviética de ocupación? Allí se había instalado desde el principio, como atrás se dijo, bajo el comando soviético y directamente enviada de Moscú, una administración civil creada por Walter Ulbricht, un antiguo comunista que había logrado salvarse de la persecución nazi.

Muchos marxistas y demócratas eminentes, que habían sufrido esa persecución, regresaron a la Alemania Oriental en la idea de contribuir a la formación de un Estado socialista, y es así como hacia finales de la década de los cuarenta y hasta los años sesenta vemos allá figuras como Ernst Bloch, Arnold Zweig, Hans Mayer, Ana Seghers, Bertold Brecht, para mencionar algunos. Muchos de ellos regresaban de universidades norteamericanas o habían pasado el exilio en Inglaterra o América Latina. Pero no fueron éstos los que pusieron la marca a la República Democrática Alemana, nacida como respuesta a la República Federal Alemana, sino el grupo de Ulbricht y sus incondicionales. Incluso del grupo inicial fueron purgados los que mostraban cierta independencia o abogaban por políticas económicas y culturales menos sometidas, como fue el caso de Fred Oelssner o de Rudolf Herrnstadt⁹. Y para qué decir de aquellos que como el filósofo Wolfgang Harish o el editor Walter Janka" abogaban por un socialismo autónomo y democrático. Estos últimos protagonizaron un proceso que envolvió a gran parte de la inteligencia de la RDA. En particular después del alzamiento del 17 de junio de 1953, iniciado por los obreros como protesta por las condiciones laborales y que rápidamente se convirtió en revuelta a favor de la libertad, reprimido por los tanques rusos ante la impotencia del gobierno de Ulbricht, cundió el pánico en los círculos dirigentes y más aún después de la sangrienta revolución de Hungría en 1956. Se suponía a los intelectuales alemanes vinculados al filósofo Georg Lukács y bajo la influencia de las tendencias revisionistas de Nagy, Tito, etc. Fue un ciclo que se repitió

matemáticamente cada diez años en la vida de las democracias populares: siempre había alguien a quién considerar el nuevo desviacionista, a fin de poner orden en la casa con otra depuración.

La RDA vivió siempre en crisis por varios factores, entre ellos, la debilidad económica y sobre todo el atraso tecnológico por su dependencia de la Unión Soviética, la sangría permanente de elemento humano por la migración, primero legal y luego ilegal, de millones de personas y en particular de cuadros calificados, profesionales, técnicos, maestros, profesores y mayormente jóvenes, por la falta de libertad para el trabajo creativo, por la rigidez del sistema político, por no haberse favorecido de la coyuntura del Plan Marshall y haber tenido que pagar reparaciones a la Unión Soviética incluso en equipos industriales y material rodante. Sin embargo, es preciso decir que dados estos factores negativos, Alemania Oriental tuvo a su manera otra especie de milagro, al lograr no sólo sobrevivir en estas condiciones, sino incluso colocarse en una buena posición entre los países industriales y en todo caso en la primera línea en los países socialistas europeos. Además, porque es evidente que invirtió enormes sumas en dar seguridad social, educación y mantener un relativo pleno empleo. Estas ventajas sociales contribuyeron sin duda a los problemas económicos, pero de todas maneras permitieron un nivel de vida pasable para los alemanes orientales, dentro de lo que pudiéramos llamar una pobreza repartida.

La construcción del muro, que se convirtió en símbolo ominoso del sistema, tuvo la descabellada inspiración de impedir por ese medio la migración masiva y la erosión económica determinada por el cambio irreal entre las dos monedas, que facilitaba el tráfico negro en perjuicio evidente de su economía.

LA CAIDA DEL MURO DE BERLÍN

El sistema no fue nunca popular en la RDA, en el sentido de una acogida espontánea y entusiasta, a pesar de lo que pudieran indicar las manifestaciones manipuladas y las demostraciones obligatorias. Pero sí alcanzó un cierto grado de aceptación, si así quiere llamarse, resignada. Los alemanes pensaban que nada haría cambiar el estado de cosas que dividía al mundo y en el que ellos por una decisión ajena habían quedado del lado soviético. Lo adecuado entonces, pensaban seguramente los más, era acomodarse en las mejores condiciones. Los protestatarios huían, se asilaban en las embajadas o hacían pequeños actos de protesta que no lograban mayor eco pero sí tenían para ellos fatales consecuencias. ¿Qué determinó entonces, y advierto que ocurrieron multitud de acontecimientos importantes, en aras a la brevedad, el movimiento que derribó finalmente el régimen estalinista y al mismo tiempo provocó la reunificación de Alemania?

No hay duda de que nuevamente los sucesos mundiales cumplen un papel de primera magnitud. No que el pueblo no hubiera sido factor determinante en la revolución pacífica de octubre-noviembre de 1989 y todo lo que siguió hasta el 3 de octubre del 90, el día en que se protocolizó la unidad, sino que esto no hubiera sido posible sin la *Perestroika* de Gorbachov en la Unión Soviética y sin un poder declinante de esta superpotencia. Con una Unión Soviética estalinista no era imaginable la reunificación, sino a costa de una guerra mundial, riesgo que no estaban dispuestas a correr las potencias occidentales, en primer lugar la superpotencia americana, que había llegado poco a poco a un *modus vivendi* con el adversario.

Menos aún los ingleses y franceses, lo digo sin malevolencia, que no vieron sin apreensiones y temores el proceso que llevaba a la unificación.

La circunstancia internacional fue única, fue favorable: la RDA, que había nacido de la confrontación y la guerra fría, no podía sobrevivir una vez eliminada la guerra fría y la confrontación. Era una criatura de Moscú, no se había independizado jamás y mal podría vivir sin su protección. Incluso había llegado, tal vez en un movimiento reflejo de autodefensa de sus envejecidos dirigentes, a ser más recalcitrante y pretender mantenerse en los marcos del viejo estalinismo, cuando ya en Moscú había sido eliminado por los nuevos aires de renovación democrática. De ahí la frase de Gorbachov en su visita a la RDA en ese mes de julio de 1989, cuando literalmente el Estado agonizaba por anemia ante la fuga masiva de sus habitantes: «el que llega tarde es castigado por la vida»².

Personalmente, como embajador de Colombia, fui testigo de todo ese proceso, y recuerdo bien el contraste terrible entre las palabras huecas, envejecidas e irreales de Honecker y el lenguaje vital de Gorbachov en el acto celebrado en conmemoración de los 40 años de la RDA, con asistencia, claro, del cuerpo diplomático y numerosa concurrencia, en el salón mayor de la Cámara del Pueblo.

Y también recuerdo vívidamente el ambiente funerario que reinaba en el lujoso banquete conmemorativo y el desconcierto entre los dirigentes del gobierno de la RDA cuando Gorbachov salió con su comitiva, aún sin pobrar los postres, a tomar un avión que lo esperaba con los motores prendidos. Allí, desde las escalinatas, dio a Egon Krenz, joven sucesor de Honecker, la consigna del golpe, con el que se pretendió salvar a última hora lo que ya no era salvable. Los días de la RDA estaban contados.

LA REUNIFICACION

La reunificación no fue una reivindicación inicial del movimiento revolucionario. Fue

un desarrollo de los acontecimientos, probablemente también inevitable. Una confederación alemana en donde coexistieran los dos estados por un tiempo relativamente largo para llegar a la reunificación gradual que impidiera los efectos secundarios y dolorosos de una unificación de choque, probablemente era solo un sueño idealista de intelectuales de los dos lados de Alemania. El hecho histórico es la unificación y no hay duda de que la inmensa mayoría del pueblo alemán la recibió con alegría rayana en la euforia y el delirio.

Debe anotarse que dos núcleos tuvieron prevenciones a una reunificación demasiado rápida: los financieros, en particular el Banco Alemán, por los efectos en este campo de la unión monetaria, y los intelectuales de izquierda como Günther Grass lo mismo que algunos sectores de la social-democracia, no podría decirse todos porque Willy Brandt fue, sin duda, uno de los fervorosos partidarios de la unión rápida. Para conseguirla se facilitó el artículo 23 de la Ley fundamental, que preveía la posibilidad de que nuevos estados o *Länder* ingresaran a la Federación. Fue por esto que en realidad la unión no se hizo entre dos Estados sino por incorporación de los cinco *Länder* que integraban la extinta República Democrática Alemana.

En un espacio tan corto no podríamos resumir los pormenores del proceso, que está aún fresco: las reuniones de las potencias ocupantes con los dos Estados alemanes, las elecciones primero en la RDA y luego en toda Alemania unificada, el tratado de unidad, la unificación monetaria, y sobre todo el emocionante momento de la caída del muro el 9 de noviembre de 1989, día que divide en dos la historia moderna de Alemania, antes y después del muro. Con él caía no sólo el sistema estalinista y la división

de Alemania, sino también quedaban atrás doce años de dictadura nazi, la guerra mundial, la ocupación de 45 años, la caída y renacimiento del pueblo alemán, de la nación de Goethe, Schiller, Lessing, Heine, Leibniz y Kant, transformada en un adalid de la integración de una nueva Europa, y empujada por el destino a desempeñar un papel de primer orden en el concierto mundial, ya no como potencia agresora, sino como nación pacifista, democrática y progresista. No hay razón para pensar, como algunos escépticos, que estemos de retorno a un Cuarto Reich, que nada haya aprendido Alemania de la terrible experiencia y que los pueblos no cambian. Alemania ha salido de lo que Mann llama aislamiento, es decir, del provincialismo que es el padre de los nacionalismos. Es más cosmopolita, europea, cercana al mundo y sin duda los fenómenos de racismo y chovinismo que aparecieron en medio y después de la reunificación, son marginales y obedecen a situaciones de desfase social y psicológico, a la recesión transitoria de los años post-unificación y a remanentes ideológicos y culturales que no representan al pueblo alemán de 1996 ni tienen el potencial para movilizar grandes masas, como sí ocurrió con el movimiento de Hitler.

En medio de todos los grandes problemas que afronta la humanidad de hoy, algunos ya mencionados como el ecológico, el del atraso y pobreza de cientos de millones de seres humanos, los desajustes sociales, las violencias persistentes en muchas partes del planeta, el desconocimiento y violación de los derechos humanos, es una buena fecha para conmemorar esta de los cincuenta años de paz en Alemania y con Alemania. Cincuenta años, si no de paz en todas partes, por lo menos que nos han ahorrado la heca-

tombe de otra guerra mundial, que sería el naufragio de la especie, un triste final para la aventura del hombre en la tierra. La esperanza que nos alienta es la de que esta paz precaria sea al fin una paz estable y definitiva en el porvenir. La situación de Alemania, en el centro de Europa, que en el pasado originó fricciones y guerras, le permite tener hoy un papel de puente privilegiado en las relaciones económicas, políticas y culturales entre Oriente y Occidente, dando así una contribución de primera magnitud a la realización de ese ideal de un mundo pacífico.

LUIS VILLAR BORDA
Director de la Maestría en Gobierno Municipal
Universidad Externado de Colombia

1. IMMANUEL KANT, *Zum ewigen Frieden* (1795). Reprint im Verlag der Nation, Berlin, 1985.
2. *Lesebuchi zur deutschen Geschichte, Texte und Dokumente*, Harenberg, Nordlingen, 1989, pp. 823 ss.
3. *Ibid.*, pp. 842 ss.
4. THOMAS MANN, "L'Allemagne et les Allemands", en: *Les exigences du jour*; Paris, Grasset, 1976, pp. 313 ss.
5. HARALDSTEFFAHN, *Deutschland*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1990, p. 428.
6. "Potsdamer Konferenz: Documenten". *Lesebuch, Cit.*, pp. 873 ss.
7. JOSIEP ROVAN, *Histoire de l'Allemagne*, Paris, Seuil, 1994, pp. 767 ss.
8. WINSTON CHURCHILL, *Discurso de Fulton*, 1946.
9. WOLGANGLEONHARD, *Das kurze Leben der DDR*, Stuttgart, DFA, 1990.
10. RUDOLF HERRNSTADT, *Das Herrnstadt-Dokument*, Hamburg, Rororo, 1990.
11. WALTER JANKA, *Schwierigkeiten mit der Wahrheit*, Hamburg, Rororo, 1989.
12. Luis VILLAR BORDA, *El último embajador*, Bogotá, Tercer Mundo, 1992.
13. EGON KRENZ, *Wenn Mauern fallen*. Wien, NEFF Verlag, 1990.

El Estado

ORIGEN DEL TERMINO

La expresión Estado proviene del latín *status, de sto*, "acto de estar en pie", "situación de lo quieto o en reposo". La dinámica de la expresión originariamente indica el lugar que el individuo ocupa en la sociedad; comprende más una noción enmarcada en el ámbito de lo social que una noción referida al aparato político. Actualmente, este significado sigue siendo de uso corriente. En el Derecho privado, por ejemplo, se encuentra el concepto de "estado civil", entendido como una determinada situación que confiere la ley a la persona en la sociedad civil. En el lenguaje popular se usa la expresión Estado, sin el adjetivo civil, para referirse al estado civil con expresiones como "¿cuál es su estado?"; "¿qué estado prefiere?"; "¿por cuál Estado se inclina?". Durante la Edad Media se dio a la expresión este sentido. Se trataba de un tipo de sociedad altamente jerarquizado, en el cual sólo gozaban de *status* la nobleza y el clero, de donde proviene el sentido de *status* como situación de privilegio social.

Esta variable semántica es recogida por Nicolás de Maquiavelo, quien usa por primera vez la expresión "Estado" en el sentido moderno hacia el año de 1512, desde la

primera línea del *Príncipe*. En ese autor la expresión Estado contiene la situación social que ocupa y la función que cumple el gobernante, quien se encuentra situado por esa época en el *status* de los *status*, en el *status* superior.

Así, pues, participa del sentido que se da a la palabra durante el medioevo, como resultado del objetivo de su obra y de abordar una realidad política del poder altamente personalizado, el poder del príncipe situado en la más alta posición en la jerarquía del ser social. El Estado (*status*) dominante es el Estado (*status*) del príncipe.

Vendrá a completar el pensamiento político el sentido moderno de la palabra Estado expuesto por Maquiavelo, con el concepto de soberanía, para justificar el porqué de la existencia y del asiento en el Estado, del poder supremo de la sociedad en la sociedad.

En la historia del lenguaje político aparecen expresiones que vienen a constituirse en antecedentes de la palabra Estado, sin que participen de su misma raíz etimológica. Entre los griegos la expresión *polis*, y entre los romanos la palabra *civitas*, describen la reunión de los habitantes de la ciudad o el conjunto de los ciudadanos que integran la comunidad. En Roma la locución *res publica* indica la cosa común a todo el pueblo, y